

26 – Pobreza

Posted on January 01, 1970 by Néstor Martínez

2 Corintios 8: 9 = Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos. ¿Esto tiene que ver estrictamente con lo espiritual? En mayor medida, sí, pero no descarta lo literal. Jesús no era de familia pobre. Su padre compartía con los principales de la sinagoga. Y a eso solo lo permitía el status material. Versión NTV: **Ustedes conocen la gracia generosa de nuestro Señor Jesucristo. Aunque era rico, por amor a ustedes se hizo pobre para que mediante su pobreza pudiesen hacerlos ricos.** La palabra "pobreza" suele ser tratada como un concepto económico, una cifra en informes o una imagen repetida en discursos políticos. Sin embargo, cuando se la observa desde el plano espiritual, especialmente a la luz del evangelio del Reino de Dios, adquiere una profundidad distinta, más incómoda y a la vez más transformadora. No se trata solo de carencia material, sino de una condición del corazón, de la mente y de la forma en que una persona se posiciona frente a la vida, a los demás y a Dios. El mensaje central del Reino de Dios no romantiza la pobreza ni la convierte en un mérito automático. Tampoco la ignora. La pone en evidencia. Jesús no habló de pobreza como un ideal en sí mismo, sino como un terreno donde se revela con claridad qué hay dentro del ser humano. **"Bienaventurados los pobres en espíritu"**, dijo, no para elogiar la miseria, sino para señalar una actitud: reconocer la propia necesidad, sin disimularla. La pobreza material es real y duele. Limita opciones, desgasta, condiciona decisiones. Pero el evangelio va más allá de esa capa visible. Hay personas con pocos recursos que conservan dignidad, claridad y una capacidad notable de amar y construir. Y hay personas con abundancia que viven en una pobreza interior profunda: dependientes, vacíos, incapaces de sostenerse sin estímulos externos. Desde el Reino, la verdadera pobreza es la desconexión de la vida plena que Dios propone. El problema no es tener o no tener, sino qué gobierna el corazón. Cuando la escasez se instala como identidad, la persona deja de verse como alguien con valor intrínseco y empieza a definirse por lo que le falta. Esa es una trampa silenciosa. El evangelio confronta esa lógica: el valor no viene de la acumulación ni de la carencia, sino de la relación con Dios y de la capacidad de vivir en verdad. Ahora bien, esto no es un discurso abstracto. Tiene consecuencias prácticas. Si una persona vive en pobreza material, necesita recursos concretos: trabajo, organización, apoyo comunitario. El Reino no niega eso. Pero también propone una forma de actuar en medio de la escasez que rompe ciclos repetitivos. **Primero**, la responsabilidad personal. No como culpa, sino como punto de partida. Nadie puede cambiar lo que no reconoce. El evangelio insiste en la verdad: ver la situación tal como es, sin excusas ni autoengaños. Esto implica revisar hábitos, decisiones, relaciones. Muchas veces la pobreza se sostiene no solo por factores externos, sino por patrones internos: desorden, impulsividad, falta de visión. **Segundo**, la administración. Jesús habló repetidamente sobre el uso de los recursos. Aunque sean pocos, cómo se administran define el futuro. La parábola de los talentos no trata sobre riqueza, sino sobre gestión. El que entierra lo poco que tiene, lo pierde. El que lo usa con criterio, lo multiplica. Esto no es magia ni prosperidad instantánea; es una lógica simple: lo que se ordena crece, lo que se descuida se deteriora. **Tercero**, la comunidad. El Reino de Dios nunca se plantea en aislamiento. La pobreza se vuelve más pesada cuando se vive en soledad. Compartir, colaborar, pedir ayuda sin orgullo, ofrecer lo que uno puede, aunque sea poco, son prácticas que generan redes reales. En el libro de los Hechos se describe una comunidad donde nadie pasaba necesidad porque había una circulación de recursos basada en la confianza y la responsabilidad.

Cuarto, la mentalidad. Aquí se juega gran parte del cambio. Una mente atrapada en la idea de “no puedo”, “no hay”, “siempre fue así”, limita cualquier posibilidad. El evangelio no propone pensamiento mágico, pero sí una renovación de la mente. Esto significa aprender a pensar con claridad, evaluar opciones, proyectar, tomar decisiones con criterio y no solo reaccionar a la urgencia. **Quinto**, la acción. El Reino de Dios es dinámico. No se trata de esperar pasivamente una intervención externa. La fe, en el sentido bíblico, es activa. Implica moverse, intentar, corregir, persistir. Incluso en contextos difíciles, siempre hay algún margen de acción, aunque sea pequeño. El problema es que muchas veces se subestima ese margen y se cae en la inercia. Desde el punto de vista ideológico, esto rompe tanto con la glorificación de la pobreza como con la idolatría de la riqueza. No se trata de justificar sistemas injustos ni de culpar a quien sufre, pero tampoco de instalar una mentalidad de dependencia permanente. El evangelio propone una libertad que empieza adentro y se traduce afuera. Hay algo clave: la dignidad. La pobreza no debería quitarla, pero muchas veces lo hace. El Reino la restituye. No a través de discursos, sino de identidad. Una persona que entiende su valor no se resigna a vivir degradada, aunque su situación sea limitada. Esto no significa negar la realidad, sino enfrentarla desde otro lugar. También hay que hablar sin rodeos: la pobreza puede generar hábitos destructivos. Consumo desordenado, violencia, evasión, victimización constante. Ignorar esto no ayuda. El evangelio confronta esas conductas y ofrece una salida. No desde la condena, sino desde la posibilidad de cambio real. A nivel práctico, adaptarse a cada circunstancia requiere flexibilidad. No todas las situaciones son iguales. Hay momentos para resistir, otros para moverse, otros para esperar estratégicamente. La sabiduría consiste en discernir. Esto se entrena: observando, escuchando, aprendiendo de errores. Algunos recursos concretos que se alinean con este enfoque: – Hacer un inventario real de ingresos y gastos, sin autoengaños. – Priorizar lo esencial y eliminar lo superfluo, aunque sea incómodo. – Generar pequeñas fuentes de ingreso, aunque no sean ideales al principio. – Aprender habilidades prácticas que tengan demanda. – Construir relaciones con personas confiables, no solo convenientes. – Evitar deudas innecesarias que agravan la situación. – Establecer rutinas que ordenen el día. – Cuidar la salud física y mental, porque sin eso todo se vuelve más difícil. Nada de esto es espectacular, pero es efectivo. El Reino de Dios no se basa en fórmulas mágicas, sino en principios que, aplicados con constancia, generan transformación. Por otro lado, también es necesario reconocer las estructuras injustas que perpetúan la pobreza. El evangelio no es ingenuo frente a eso. Jesús denunció la hipocresía de los poderosos y las cargas injustas. Pero no se quedó en la denuncia; ofreció una forma de vida que no depende totalmente de esas estructuras. Aquí aparece una tensión interesante: actuar dentro del sistema sin quedar atrapado en él. Usar lo que existe sin perder la libertad interior. Esto requiere claridad y firmeza. No es fácil, pero es posible. La palabra “pobreza”, entonces, deja de ser solo un diagnóstico y se convierte en un punto de partida. **Desde el Reino de Dios, no se niega el dolor que implica, pero tampoco se la acepta como destino inamovible.** Se la enfrenta con verdad, con responsabilidad y con esperanza activa. La Biblia, leída desde esta perspectiva, no es un libro distante, sino una guía concreta. No ofrece soluciones instantáneas, pero sí principios sólidos. Y, sobre todo, muestra que Dios no está ajeno a la realidad humana. La palabra se hace vida cuando se practica, no cuando se repite. En definitiva, la pobreza, vista espiritualmente, es una invitación incómoda pero potente: revisar qué sostiene la vida, qué la limita y qué la puede transformar. El evangelio del Reino no promete ausencia de dificultades, pero sí una forma de atravesarlas con sentido, con dirección y con la posibilidad real de cambio.

Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments
